

puede colocar una fotografía en un ritual, no se la puede poner sobre una mesa o en las páginas de un álbum si no es a condición de evitar mirarla (o evitar que ella me mire a mí), engañando deliberadamente su *insoportable plenitud*.

Es la plenitud, ciertamente insoportable, del puro decir que no *quiere decir* del decir que no dice sino la evidencia, del decir sin significaciones ni cifras. Es la plenitud del habla callada de lo que simplemente *está ahí* y vemos que nos ve.

El éxtasis del instante *

Dentro de la muy interesante colección *Cuadernos Arte Cátedra* que dirige el profesor Antonio Bonet Correa, en la que figuran títulos tan sugestivos y valiosos, entre otros, como *El cartel republicano en la guerra civil*, de Carmen Grimau; *Arte del franquismo* (obra colectiva, coordinada por el profesor Bonet; *Manifiestos, proclamas, panfletos y textos doctrinales (Las vanguardias artísticas en España: 1910-1931)*, de Jaime Brihuega, Ediciones Cátedra ofrece al lector curioso de un conocimiento más preciso y pormenorizado de ese fenómeno tan omnipresente y, al mismo tiempo, tan ignorado como es hoy por hoy la fotografía, una obra de la que sin temor a caer en la exageración puede decirse que reúne los requisitos más idóneos para hacer de la misma un admirable instrumento de consulta e investigación y, a la vez, un relato amenísimo.

Marie-Loup Sougez, la autora de esta *Historia de la fotografía*, demuestra poseer ese raro y divino don de no abrumar con la erudición y la sabiduría que, sin embargo, y a todas luces, le rebosa. Es de justicia resaltar este rasgo del texto de Marie-Loup Sougez, por cuanto el hecho fotográfico se presta demasiado, habida cuenta de su multilateralidad constitutiva (elementos químicos, mecánicos, ópticos, etc.), a la prolijidad y la pedantería iniciática del enterado, por no decir del sabihondo, que tanto abunda.

Como músico y fotógrafo, siempre me ha dejado atónito la infinita perplejidad que precisamente la música y la fotografía provocan en el ánimo de muchísimas personas, las cuales, dicho sea de paso, tan sincera y humildemente reconocen dicha perplejidad, que le dejan a uno desarmado. «Yo no entiendo nada de música»; «de fotografía no sé nada de nada», confiesan. Y, sin embargo, puede muy bien que no haya en el mundo nada más sencillo de «entender» que la fotografía y la música, pienso yo.

De ahí que la *Historia de la fotografía*, de Marie-Loup Sougez constituya una aportación inapreciable y me atrevo a decir que, hoy por hoy, imprescindible, para el acercamiento al fenómeno fotográfico.

El enfoque de la autora es totalizador. No contentándose con tirar del hilo cronológico-evolutivo de la madeja fotográfica, Marie-Loup Sougez nos cuenta la pequeña intrahistoria de cada período y etapa de esa apasionante aventura (¡tan cuajada de insensateces, mezquindades y bajas pasiones como de idealismos, espiritualidad e incluso heroicidades!), que es el surgimiento y el desarrollo de la fotografía. Pero tampoco se satisface nuestra autora con el relato de las intimidades históricas de la

* MARIE-LOUP SOUGEZ: *Historia de la fotografía*. Ediciones Cátedra, Cuadernos Arte Cátedra, Madrid.

evolución del hecho fotográfico, sino que ahonda en el sentido socio-cultural de cada período, estableciendo los nexos entre no sólo las artes plásticas y la fotografía, sino también entre ésta y esa constelación de actividades e inquietudes humanas que llamamos cultura, a lo largo del siglo y medio que, desde las primeras *heliografías* de N. Niepce hasta el día de hoy, es posible hablar de la fotografía.

No es, en modo alguno, ocioso el pormenorizar, como Marie-Loup Sougez lo hace, los aspectos técnicos de la fotografía, especialmente en sus orígenes y primeros pasos. La fotografía *es* una técnica y también una artesanía; esto conviene no olvidarlo, si bien desde hace unos sesenta años el lado artesanal ha quedado reducido a mínimos insoslayables, y éstos prácticamente se ven replegados al «cuarto oscuro» o laboratorio de ampliación (eslabón éste en la cadena de producción de eso que conocemos por *una foto*, es decir, ese cartón que nuestras manos sostienen o nuestros ojos contemplan en una pared, que incluso frecuentemente no es realizado por el propio fotógrafo, aunque para mí constituye una fase del proceso decisiva y casi tan importante como la de «tomar» o «sacar» la fotografía).

Marie-Loup Sougez no se ahorra, así pues, la descripción de las distintas técnicas, como al albuminotipo, el ambrotipo, el bromóleo, el calotipo, el colodión, el ferrotipo, etc., que jalonan y definen el origen y la evolución de la fotografía, a la vez que condicionan —y esto es lo más importante— sus resultados estéticos.

Mediante una envidiable capacidad de asociación y síntesis, los concisos pero jugosos análisis que Marie-Loup Sougez consagra a todas las grandes figuras del arte de fotografiar, principalmente a partir del gran Gaspard Félix Tournachon, más conocido por Nadar (de cuya fabulosa labor retratística, en la que descuella una fotografía de Baudelaire extraordinariamente lograda por su belleza de composición lumínica y su fuerte *aura* de significación y espiritualidad, retrato acaso no superado, sino por el que de Baudelaire hiciera otro gran fotógrafo de la época: Etienne Carjat, contemplamos hace unos años una espléndida muestra en el Instituto Francés de Madrid), van elucidando poco a poco la poética de cada creador individual o cada tendencia fotográfica hasta los tiempos actuales. Así, y con la ayuda de ilustraciones excepcionalmente bien elegidas, aunque tan escasas por autor (lo que se entiende, dadas las características y el volumen de la obra), que no son sino botones de muestra, Marie-Loup Sougez proporciona al lector breves pero iluminadores *flashes* de lo que es la obra de Julia Margaret Cameron, Lewis Carrol, Adolphe Braun, Henry Jackson, Roger Fenton, Mathew B. Brady, Tim O'Sullivan, Alfred Stieglitz, Gertrude Käsebier, Edward J. Steichen, J. A. Riis, Lewis Wickes Hine, y otros muchos que prefiguran la historia del arte fotográfico hasta más o menos la primera guerra mundial. A partir del final de ésta y, sobre todo, de la década de los treinta en adelante, la poética fotográfica cobra un auge insospechado, el cual se basa en las igualmente insospechadas posibilidades que brinda la «instantánea a mano», facilitada por las pequeñas cámaras para el formato 24 × 36 milímetros de película. Marie-Loup Sougez nos habla lúcidamente de los grandes maestros de nuestro siglo, de los que, por no citar sino a unos pocos, mencionaré a August Sander, Brassai, Man Ray, Robert Kapa, Eric Salomon, André Kertész y André Cartier Bresson (una impresionante muestra